

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-75 trimestre adelantado.
 En el extranjero..... " 1-00 " " "
 Número suelto..... " 0-15 "
 Números atrasados.. " 0-25 "

{ Año I. Núm. 17. }
 { San José, 1º de marzo de 1888. }

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle de la Merced, n.º 3, Norte.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—Soneto, por S. Rueda.—Don José Ramón Rojas Trayo, por Juan F. Ferrás.—A Ella, por A. Ovalle Arriola.—
Chirre Mi vida, por Amalia.—Bellas Artes, por J. Franco Peralta.—Awáika y go, por Julio.—El huey fanillo de Jeri-
 chó, por Sirio.—Las bodas, por Juan de Dios Peza.—Mi sobrina Juantita, por Simplicio Cucufate.—Crónica,
 por Clo Clo.

Grabados.—Don José Ramón Rojas Trayo.

Anuncios.

SONETO.

MIRARTE SÓLO EN MI ANSIEDAD ESPERO,
 SÓLO Á MIRARTE EN MI ANSIEDAD ASPIRO,
 Y MÁS ME MUERO CUANTO MÁS TE MIRÓ
 Y MAS TE MIRO CUANTO MÁS ME MUERO.

EL TIEMPO PASA POR DEMÁS LIGERO;
 LLORO SU RAUDO, TURBULENTO GIRO;
 Y MÁS TE QUIERO CUANTO MÁS SUSPIRO
 Y MÁS SUSPIRO CUANTO MÁS TE QUIERO.

DEJA Á TU CUELLO ENCADENAR MI BRAZO,
 Y AL BLANDO SÓN CON QUE NOS BRINDA EL REMO,
 LA MAR SURQUEMOS EN ESTRECHO LAZO.

NI TEMO AL VIENTO NI Á LAS ONDAS TEMO,
 ¡QUE MÁS ME QUEMO CUANTO MÁS TE ABRAZO
 Y MÁS TE ABRAZO CUANTO MÁS ME QUEMO!

S. RUEDA.

Don José Ramón Rojas Troyo.

Nació de padres humildes, en la ciudad de Cartago, DON JOSÉ RAMÓN ROJAS TROYO, el día 2 de Junio de 1832.

Don Pedro Rojas, su padre, le dejó en orfanidad á los dos años.

No contaba aún siete cuando murió su madre, doña María de Jesús Cerantes Arnesto de Troya.

El último apellido materno, un tanto desfigurado, es el que usaba Troyo, y por él es generalmente conocido.

Sin auxilio ni protección alguna por parte de sus parientes,—que por cierto los había bien puestos, según los datos que tenemos,—fué recogido por un pobre campesino, á cuyo lado vivió durante cinco años en un barrio de San José, entonces llamado, La Isla, hoy San Sebastián.

“A la edad de 12 años no había recibido la menor instrucción, y en pago de sus rudos trabajos, sólo vió el abandono que de él hacía su tutor. Su situación se amargaba más cuando consideraba que su familia paterna era bastante acomodada, y para él sólo tenía la indiferencia y el desprecio,”—palabras textuales de una autobiografía del señor Troyo, que tenemos á la vista.

Recurrió á sus parientes, cuando hubo de pensar en su porvenir, y recibió de ellos completa decepción, que le hiciera sondear todo el abismo de su extrema pobreza y completo abandono.

Resuelto á no implorar más la protección de nadie,—primer rasgo de carácter que revela al hombre futuro,—dedicóse á la platería, oficio que profesaba su hermano mayor, don Juan, á quien siempre profesó, acaso especialmente por esta circunstancia, la mayor predilección.

Ganaba en este trabajo *medio real*, (64 centavos) al día, y tuvo pronto que tomar otra dirección, pues sentía la necesidad de buscarse la vida.

Pasó entonces á Heredia, y tampoco en esa ciudad halló mejor fortuna. Decidido á explorar más ancho campo en que ejercitar la energía de su carácter, dirigióse al puerto de Puntarenas, donde por entonces comenzaba á despertar alguna actividad. Puerto nuevo, visitado por algunos buques, parecióle lugar propio para aventurarse en más altas empresas.

Catorce años contaba entonces, y recibió allí por una terrible fiebre, á consecuencia de la cual se vió á la muerte, hubo de conocer muy de cerca las amarguras de la indigencia.

“Sin parientes, huérfano, y sin una mano amiga que suavizara su desgracia en aquellos lugares, se resolvió á regresar al seno de su familia, pobre y abatido por los sufrimientos. Doce meses siguió padeciendo después de esto y repetidas veces estuvo á las puertas de la muerte. Si en tal época no imploró la caridad pública para atender á su curación, fué debido á que la caridad se anticipó á socorrerle. En efecto, un modesto empírico, compadecido de su

suerte, se interesó por su salud y logró restablecerle de sus largos y penosos sufrimientos.”

Son sus propias palabras, amargas como la hiel que debió de apurar en tan triste situación!

Apenas restablecido, se volvió á la costa del Pacífico, siempre en busca de la maga de la fortuna, con quien soñaba.

Como su oficio le producía muy poco, sentó plaza de marinero (*boga*) en un *bongo* que recorría el golfo de Nicoya.

En ocho meses que duró esta nueva ocupación, á fuerza de economías, había podido reunir unos pocos recursos, con los cuales se prometía volver al interior; pero como si el destino se empeñase en ponerle á duras pruebas, atacóle la fiebre amarilla que en esa época diezmo aquella población, y otra vez sus castillos de naipes viniéronse al suelo.

Volvió sin embargo al interior, y dedicóse á la sastrería, en que hizo algunos progresos.

Contaba entonces 18 años, y pensando más tranquilamente en el porvenir, volvió la vista al comercio.

Trasladóse á Alajuela, donde trabajando noche y día, economizó algo, y con ello, atraído al parecer invenciblemente hacia las playas, volvió á Puntarenas, donde, atacado por nueva enfermedad y aleccionado por última vez, resolvió definitivamente regresar al lado de su familia y así lo verificó.

Dura experiencia traía tan sólo á Cartago á los 19 años, pero poco ajustado á la terquedad de la fortuna su emprendedor carácter, estableció aquí una sastrería; pasó de ella á dependiente de comercio; volvió á su oficio y decidido á vencer, vióle un tío suyo, don Andrés Rojas, con mejores ojos, y le colocó en su botica: ocupación que él aceptó, á instancias de su familia y no sin repugnancia, según sus propias palabras.

Carecía hasta entonces de toda instrucción, y á favor de sus nuevas tareas, más sedentarias, de la droguería dedicóse por sí mismo al aprendizaje de la lectura y de la escritura. Simultáneamente hacia lo uno y lo otro. Sus textos eran cartas manuscritas, que él debió comenzar á decifrar con las mismas ansias y dificultades con que Champollion y Brugst descubrieron el sentido de las inscripciones cuneiformes y jeroglíficas.

Segundo rasgo de su carácter superior.

Su letra poco firme é indefinida, un tanto *erizada*, digámoslo así, probaría, á seguir la doctrina de Desbarolles en los *Misterios de la escritura*, el esfuerzo propio en la adquisición de recursos tanto mentales como pecuniarios. Los tipos rectos, sin gruesos ni finos, *achaparrados*: las mayúsculas invariablemente terminadas en voluta y con trazos poco simétricos, que ostenta su firma, llegaron á ser al pie de una letra de cambio la mejor garantía.

Luégo se dedicó á los números, y puso en su mente las bases del cálculo.

Aquella Aritmética elemental era el funda-

mento de transacciones y negocios que representan muchos millones!

Pero sigamos al hombre paso á paso.

Prosperaba, puede decirse, á marchas redobladas. Su tío le asoció al negocio, y por el año del cólera (1856), fecha que todo el país recuerda con horror, la droguería de Rojas, en que el joven de 24 años trabajaba sin descanso, y su sastrería, eran ya un negocio.

La *soda* y los siropes, que dieron popularidad y hasta apodo al dueño de la botica, se despachaban en gran cantidad.

La peste diezaba á Cartago. El cuadro de esta población que se moría en grande escala, sería digno de un hábil pincel. Hubo día en que esta ciudad, que apenas alcanzaría á unos diez mil habitantes, dió á la fosa *ciento ochenta cadáveres!*

Se comprende que la venta de medicinas fuese entonces base de una fortuna.

Al año siguiente, su tío se trasladó por motivos de salud á la ciudad de Alajuela, y le dejó encargado de sus negocios, poseyendo ya en ellos un capital de mil quinientos pesos.

Su sastrería, que siempre fué para él tabla de salvamento, era por entonces un buen establecimiento, y en 1859, disuelta la sociedad con su tío, haciendo uso el joven Troyo de su excelente crédito, fundó en la misma casa en que hiciera su primer caudal, un *Bazar*, espléndido en relación con la época, y acaso la mejor tienda del país.

Estos son los datos que poseemos lisa y llanamente expuestos, y hemos de agregar que la fortuna, antes tan esquiva, ahora perseguía á su perseguidor y le abrumaba con sus favores.

Era esto como miel sobre hojuelas, y Troyo, dando poco tiempo al descanso, acaparaba los dones de la suerte con tino y habilidad incomparables.

En el año de 1867 ya se lanzó al comercio exterior. Hizo su primer viaje á Europa, y allí contrajo buenas relaciones comerciales.

Su capital y sus ideas aumentaban de prodigiosa manera, relativamente hablando, y trayendo á su colaboración á su primo don Juan Rojas, que hoy le ha sucedido en sus negocios, y que es uno de sus albaceas, le asoció á ellos desde 1872, época en que volvió á Europa, afirmando entonces en definitiva en los grandes centros del comercio del mundo, su alta posición mercantil.

Desde entonces sus grandes empresas agrícolas y comerciales han sido una tela riquísima recamada de oro!

En el año de 1874 se unió en matrimonio á la señorita doña Dolores Pacheco y Ugalde, hoy su inconsolable viuda, y matrona respetabilísima por su carácter noble y excelentes virtudes.

Las aficiones pacíficas del hogar le hicieron dedicar buena parte de su tiempo á lecturas

amenas é instructivas, y en esto era especial. Los libros de historia de España le deleitaban; uno de sus favoritos en el campo de las bellas letras era *Don Quijote*, que había saboreado muchas veces; últimamente leía con ahínco obras de Economía política.

Un rasgo distintivo de Troyo era adquirir ediciones de gran lujo, ya para su propio uso, ya más generalmente para obsequiar con ellas á alguien.

Las cosas de su patria le interesaban tanto que en los diversos puestos públicos que ocupó, siempre dejó alguna obra importante realizada ó notables medidas propuestas para el bien general.

Fuó en varias épocas Procurador Síndico, Agente fiscal, Regidor y Presidente Municipal, en el año de 1872 diputado al Congreso y en el 79, á la Asamblea Constituyente, que en el siguiente había de ser disuelta por un golpe de Estado.

La famosa política del General don Tomás Guardia, produjo el retraimiento persistente de una buena parte del pueblo de Cartago, y esa tirantez de relaciones hubo de mantenerse para con el Gobierno de parte de esta provincia, aún después de la muerte de aquel Presidente.

El advenimiento del General don Próspero Fernández al poder, pareció momento oportuno para reanudar aquellas rotas relaciones, que eran casi abiertas hostilidades.

El señor Troyo contribuyó en buena parte á esta reconciliación, cuya primera prenda fué que se consignara en el contrato Soto-Keith, que la continuación del ferrocarril al Atlántico se haría por el fértil valle del Reventazón.

El recibió en su casa con esplendidez inusitada al Presidente Fernández, y últimamente hizo lo mismo con el Presidente Soto y con el Ministro de Guerra y Marina, padre del actual Jefe de la República.

Todos estos halagos y esplendidos eran placer verdadero para tan opulento Anfitrión, y la provincia de ello ha derivado simpatías profundas de parte del Gobierno.

Política positiva y útil para su patria, más que para él.

En grandes negociaciones prestó á las dos últimas administraciones, de Fernández y de Soto, valioso apoyo y servicios de inmensa importancia.

No menos trascendental fué para los destinos futuros de Costa Rica, el laborioso empeño de formar un Museo de Antigüedades del país, que llegó á poner en tal pie, por medio de escavaciones considerables é incesante adquisición de objetos de la industria indígena, que hoy es la más rica colección en su género existente en la República.

Cartas hemos visto del Dr. Bastián, Director del Real Museo Arqueológico de Berlín, su-

mamente laudatorias y honrosas para el señor Troyo.

La parte activa que tomó en la empresa de baños minerales de "Bella-Vista," en el barrio de Agua Caliente (San Francisco) de esta ciudad, hizo en mucho que ese sitio de recreo, que atraerá viajeros al país en bandadas, sea ya un hecho indudable.

La preciosa quinta que formó en su hacienda de aquel barrio, es prueba de lo que él esperaba que con el tiempo debe ser esta provincia.

En aquella finca hizo un *beneficio de café*, que posee la primera secadora "Guardiola" introducida al país, donde pueden prepararse más de diez mil quintales del aromático fruto, base de la riqueza nacional.

De la sociedad filarmónica "Euterpe" fué decidido patrocinador y muchas veces le hizo donaciones y obsequios y le prestó apoyo importantísimo.

"Euterpe" ha perdido en él su verdadero paño de lágrimas.

El abandono que él sufriera de parte de su familia, le hizo fervoroso protector de los suyos. Muchos le deben su posición actual, y todos ellos algún oportuno servicio.

El pobre, el fatigado peón, el artesano hallaron siempre un óbolo, un buen salario y un decidido apoyo en la benéfica mano de Troyo.

Ultimamente había concebido la idea de patrocinar el "Instituto Americano," y le prestó inicial impulso, que jamás agradeceremos bastante y en virtud del cual le consideramos como Fundador y Presidente honorario del establecimiento.

En su mente se revolvía la idea de dejar asegurado el porvenir de esta institución, pero.... la muerte,—nos arrebató su apoyo para siempre!

La fortuna se opone á nuestro paso. No importa. Haremos lo que Troyo: seguiremos impertérritos.

¿Nos sonreirá algún día como á él?

Su testamento, aunque hecho, puede decirse, entre las angustias de la muerte y cuando la convicción de la ausencia eterna de este mundo deja poco campo á humanitarias reflexiones, es una muestra del gran carácter de Troyo.

No hay pariente suyo, ni casi ninguno de los que le han servido con asiduidad, que no tenga en la fortuna de casi un millón de pesos que lega una manda de consideración.

Deja al Hospital de Cartago \$ 5,000; al Hospicio de Huérfanos de esta misma ciudad, \$ 5,000; para repartir entre pobres vergonzantes, \$ 1,000; para un cementerio en el barrio de Agua Caliente, \$ 500; para la Iglesia de San Sebastián, lugar de sus primeras miserias, \$ 500.

Lega al Estado un Museo Arqueológico,

que por su mérito científico é histórico, puede valuarse en \$ 50,000.

Respecto á sus hijos dispone cosas verdaderamente notables y entra en detalles muy minuciosos, que revelan previsión y tacto admirable.—Sus cuatro menores deben tomar al cumplir quince años una póliza de seguro de vida; —cuando tengan diez y siete, los tres varones irán sucesivamente entrando en la sociedad "J. R. R. Troyo y C^{ía}," que él encarga se prorogue indefinidamente, como dependientes con el sueldo que merezcan; recibirán la herencia por cuartas partes sucesivas al llegar á la mayoría y después de cinco en cinco años. Da en fin un completo plan de fortuna, y previendo alguna gran catástrofe ó crisis comercial, manda que si en los negocios de la compañía no hubiere una utilidad de 10-0[0] se liquide aquélla, y también dispone que si el capital creciere demasiado, se hagan ciertas demembraciones del total con diversos fines.

Excita á don Juan Rojas, su socio á no separarse de la Compañía, y á la viuda encarga lo mismo.

En manos de sus albaceas, la señora viuda de Troyo y los señores don Juan Rojas y don Francisco Peralta, deja la obra magna de acrecentar el capital de sus hijos, y á su libre voluntad el tomar otras medidas cualesquiera en que él no haya podido pensar.

JUAN F. FERRÁZ.

A BELLA.....

De pureza y de candor
Eres, mi bien, un dechado,
Tus gracias me han cautivado
Y han encendido mi amor.
Cual la delicada flor
Que en los vergeles se mece,
Así tan bella aparece
Tu imagen ante mis ojos.
Y mi alma puesta de hinojos
De afecto un mundo te ofrece.

¿Con qué podré comparar
De tus labios el hechizo,
De tu cabellera un rizo,
De tus ojos el mirar?
Cual barquichuelo que el mar
Empuja á merced del viento,
Al mirarte yo me siento
Juguete de mi pasión,
Y mi pobre corazón
Late á un impulso violento.

Tranquilo el mundo cruzaba
 Todavía adolescente,
 Nada turbaba mi mente,
 Nada mi alma atormentaba;
 En el porvenir pensaba
 Buscando del bien la esencia,
 Pero te ví y mi existencia
 Tal cambio ha experimentado,
 Que de ser muy desgraciado
 Tengo acaso la creencia.

Porque desgracia es sentir
 De pronto una viva llama,
 Que el corazón nos inflama,
 Que no nos deja vivir.
 Dudar, temer, presentir,
 Que se ama sin esperanza,
 He ahí hasta donde alcanza
 Lo terrible de mi suerte,
 Que hoy contemplo casi inerte
 En el fiel de la balanza.

Yo no me atrevo á pensar
 Que sea tal mi ventura,
 Que tan gentil creatura
 Como tú, me pueda amar.
 ¿Y entonces, como arrancar
 Ese recuerdo constante
 Que acosa mi pecho amante,
 Que me abruma, me fascina,
 Que mis sentidos domina
 Y me torna delirante?

Perdona mi ángel, si audaz,
 Y en un raptó de demencia
 He llevado á tu conciencia
 La chispa de amor voraz.
 No, no me júzgues capaz
 De empañar tu pura frente,
 Pero el estado ferviente
 De mi pobre corazón,
 Demanda de tí perdón
 Y que te muestres clemente.

A. OVALLE ARRIETA.

Febrero 23 de 1888.

MI VIDA.

(A mis compañeras del Colegio de Sión)

(Véase el nº 16.)

I.

- Me digo que es muy simpático.
 — ¡Sí, pero muy tonto.
 — Yo no lo creo. Es que tú eres muy te-

mosa y cuando no te gusta una persona le encuentras defectos que no tiene.

—Y tú muy impresionable. Porque lo ves llevar con elegancia el bastoncito, porque sabes que es gran bailarín, porque tiene un bigote negro y sedoso, cualidades que á la verdad no elevan mucho á un hombre, ya quieres darle hasta talento. Yo se lo niego. Lo conozco más que tú. He estado con él en bailes, en paseos, en reuniones y nunca he visto en su persona ni en su modo de ser nada que no sea perfectamente vulgar. Además es jugador.

—Y á mí qué. Que sea jugador no es razón para considerarlo malo.

—Lo que yo veo es que para tí no hay razón buena, porque te gusta ese pollo. ¡Cuidado con los arrepentimientos tardíos!

Los argumentos de mi amiga no me hacían gran mella. Somos las mujeres de tal condición que no es por cierto el cálculo ni la disección psicológica de un hombre lo que nos decide á quererlo ó á odiarlo (hablo de la mujer de diez y seis años). Siempre nos dejamos llevar por lo sensible, por el brillo de las cualidades mundanas que acarician la vanidad. Unos ojos negros y expresivos, un bigote bonito, modales distinguidos, he aquí lo que encanta á las niñas. Que el cerebro esté vacío, qué importa eso si en cambio se es *corrongo*!

Decididamente Luis era de mi agrado. Apenas seis meses hacía que había llegado de Europa. Cuatro años de ausencia de su patria le habían servido para perfeccionar su educación. Era un gusto oírlo hablar inglés y francés; francés sobre todo. Mejor que las monjas de Sión. Indudablemente el pollo era guapísimo.

Se aproximaba el 15 de setiembre. Mis padres habían decidido que en ese baile sería mi *extremo*. Un traje escotado, el brazo desnudo, la cola larguísima, el botín de raso blanco, he ahí el uniforme con que debía entrar en el mundo. Nada; era decidido que el 15 de setiembre dejaría la crisálida; que el encantador velo de la niñez caería, dejándome con las alas sueltas para volar á mi placer por los rosados campos de la juventud.

Y Luis iría al baile. Por primera vez estaríamos juntos y solos en medio del bullicio; por primera vez su labio me diría lo que sus negros ojos me expresaban en su mudo y ardiente lenguaje.

¡Qué conmociones tan dulces! qué saltar del corazón, qué temblor se apoderaba de mí al recuerdo del próximo baile! Sentía á veces como si por mis venas circulara hielo y en rápida reacción hilos de fuego corrian por todo mi cuerpo poniendo rojas mis mejillas. Mil ideas encontradas se arremolinaban en mi cerebro. Esperanza, alegría, miedo, mi amor, todo pasaba por mi mente en revuelta confusión. ¡Oh! lo que las mujeres sentimos cuando nos vamos á *extrenar*, no es para contado.

III.

—¡Dios mío! Ve, mamá, y mi traje no llega. No le mande á hacer nada á esa modista. Miren la hora que es. . . . No voy á poder ir.

—Pero criatura ¿te vas á vestir ya? Quien te oye diría que son las siete de la noche.

—Si . . . y si no está bien bueno . . . si hay algo que arreglarle, trayéndolo á media noche, cómo se va á hacer.

—Ten calma, Amalia. Voy á mandar al sirviente donde la modista.

Yo no podía estar tranquila. Daba vueltas por mi cuarto, doblaba y desdoblaba pañuelos, acariciaba los guantes y por vigésima vez sacaba de su estuche un lindo abanico de plumas blancas y rosadas que mi padre me había traído ese día. Sobre mi cama estaban los zapatitos de raso y unas medias color rosado pálido, medio envueltas en un papel.

Sentada en mi cama con el abanico en una mano, abierto y como quien trata de refrescarse, y con la otra mano tocando la suave piel de mi botín me había quedado pensativa. La imaginación volaba y volaba soñando con flores, perfumes, música.

Un ligero toque en la puerta de mi cuarto truncó el ensueño.

—Señorita, señorita.

—¿Qué hay?

—El sirviente con un paquete para U.

—Que entre, que entre pronto. Ah! por fin.

En las palmas de las manos y con el cuidado con que se tiene un recién nacido, el criado entraba con un bulto envuelto en un pañolón.—Mi traje blanco.

Porqué era blanco. Finísimo raso en el fondo. Sobre el lustroso género, á trechos cubriéndolo, dejándolo libre á trechos un ligero velo de muselina. Hermosas cintas azules formando caprichosos florones: en el hombro un laso hecho con exquisito gusto. ¡Qué lindo era mi traje blanco!

Nunca fué más deseada la noche. El inconsútil manto de sombras en que perezoso se envuelve el mundo cuando va á dormir me parecía bellísimo: cada onda oscura á la vez que apagaba un rayo del moribundo sol, prendía otro de luz en mi alma. Yo me bañaba en las ondas de la esperanza y mi imaginación volaba por el mundo del ensueño.

—Amalia, estás lista?

—Ya voy papá.

—Son las nueve menos cuarto. Sería bueno hacer viaje.

—En el momento. Compónme este gancho; mis guantes, ¡ay! qué color.

Una última vez me puse frente al espejo.—¿Estaba bonita? Qué me decían mi vanidad y mis diez y seis años? Algo muy dulce me debieron de decir porque recuerdo que sonreí.—¡Primer caricia del mundo, que dulce eras!

Una hermosa camelia adornaba mi peinado; los hombros y brazos descubiertos; el ligero en-

caje blanco agitándose con el respiro de mi pecho, besaba con su lengüita de armiño la desnuda piel de mi seno; la punta del botín asomaba bajo la orla de mi traje. Partimos.

Poco después entrábamos al hotel de Benedictis. Gran número de personas, todas vestidas de negro, calzándose los guantes, cuchicheando, formaban diferentes grupos. Apenas hubimos llegado de uno de aquellos grupos se desprendió un elegante joven, saludóme afectuosamente y me dio su brazo. Otro en el mismo momento, haciéndome una elegante cortesía, me ofreció un programa que llevaba atado á un cordoncito azul un lápiz blanco.

¡Cómo me palpitaba el corazón! ¡Cómo latían mis sienes! Estaba en el umbral del salón de baile.

AMALIA.

BELLAS ARTES.

(Para "Costa Rica Ilustrada.")

La exposición trienal de Bellas Artes de Bruselas, que acaba de cerrar sus puertas, es lo que más ha llamado la atención de los artistas y amantes de lo bello durante los últimos meses.

Vano empeño sería el que yo quisiera hacer una descripción de lo que fué aquel certamen del arte. En la exposición figuraron 725 obras diferentes. Sin embargo, me permitiré recordar á la ligera algunos de los cuadros que hirieron más vivamente mi imaginación.

Al recorrer una galería, ornada de todas suertes de obras artísticas, la vista se siente ofuscada, como si un torrente de viva luz inundara la retina y no se sabe por donde comenzar la inspección curiosa, ni á que cuadro dar la preferencia. Entre los que aparecieron á primera vista, uno llamó particularmente mi atención: el que tenía por título "La conversión de María Magdalena." Este poético asunto es más que antiguo en los anales de la pintura; sin embargo, el cuadro que, sirviéndose del mismo sujeto, ha presentado Félix Barrias, ofrece nuevos atractivos. La bella pecadora aparece de hinojos, el cuerpo inclinado hacia adelante, las manos oprimiendo los desnudos y blanquíssimos pechos como en ademán de súplica; el rostro, de beldad incomparable, denota la expresión del arrepentimiento; el manto que cubre su cuerpo cae con negligencia dejando en descubierto sus torneados brazos, y la cabellera, también en abandono, se vé azotada por el viento. Los colores del rostro son delicados, de un blanco puro y los del vestido de un vigor agradable.

Hubert Bellis de Bruselas exhibía un cuadro titulado: "La naturaleza muerta." Representa un paisaje en pleno invierno. Con singular maes-

tría ha sabido su pincel imitar esa triste época del año; el cielo preñado de negros nubarrones, los árboles completamente desnudos de sus hojas y cubiertos de copos de nieve, con todo lo demás que la lóbreguez del invierno aporta á un remoto lugar. De igual manera que en todas las exposiciones de pintura, se encontraban diversos cuadros representando las otras estaciones del año, la primavera con su temprana alegría, el hermoso verano y el otoño, cuando las hojas cambian de colores como para anunciar su próxima muerte.

Un cuadro de pequeñas dimensiones pero que llamaba la atención era el de M. Boon de Amberes: "Un interior flamenco." Los colores brillantes, las tintas finas, la naturalidad y gracejo del interior, que representaba una escena de la vida familiar, todo hacía recordar los grandes maestros de la pintura flamenco del siglo XVII.

M. Jans de Amberes exhibía otro no menos precioso: "El Filósofo." Un filósofo que trabaja en su modesto gabinete, teniendo delante de sí una multitud de manuscritos y pergaminos. El cuadro representa el momento de una meditación. Yo no puedo juzgar del mérito intrínseco de ninguna obra, pero si confieso ingenuamente que esa pintura fué una de las que más me cautivaron por la expresión majestuosa del rostro, líneas severas y naturales y colorido firme.

León de Pape, bruselés, recreó inmensamente el público con su bella producción: "Andrómeda." Representa un pasaje de la mitología; aquel en que se refiere que los severos dioses del Olimpo condenaron á la infelice Andrómeda á ser atada de piés y manos sobre una roca para que fuese presa de un monstruo marino, en castigo de su osadía al haber disputado el premio de la belleza á la diosa Juno. Andrómeda aparece en efecto fuertemente ligada á una roca, contra la cual van á estrellarse las olas embravecidas de la mar, y en tan aciaga posición la bellísima cautiva espera de un momento á otro su triste fin. Para poder disputar á Juno el premio de la belleza era menester ser bella por excelencia y el artista lo ha confirmado en su cuadro, presentando el ideal de la mujer bella. Aquel cuadro impresionaba de una manera diferente. La naturalidad de la ejecución hacía olvidar lo ficticio del arte y entonces el alma se sentía herida de pena y de compasión. Cada uno de los que admiraban la prisionera hubiera querido tener el poder necesario para implorar por ella misericordia á los dioses irritados ó para librar de cualquiera otra manera á la ninfa encantadora, de su terrible suerte. Impresionaba al contrario agradablemente la obra artística con sus líneas puras, los esbeltos contornos del cuerpo y sus ondulaciones delicadas, ofreciendo un conjunto lleno de armoniosa poesía.

Otro cuadro, de muy distinto género por cierto, pero bello por su naturalidad, colorido vigoroso y fiel expresión era el de *Julio de Payer*: llevaba el título de "Bahía de la muerte; pérdida de la expedición de Franklin en el polo Norte."

Payer, como se vé, ha escogido por tema uno de los asuntos que más han llamado la atención universal en los últimos tiempos: la famosa expedición que en 1845 emprendió Franklin en busca del pasaje Noroeste. Sabido es su fin desgraciado y el de veintiuno de sus compañeros, á bordo del *Erebus* y del *Terror*, que fueron hechos prisioneros por los hielos. Los ciento cinco hombres restantes siguieron la marcha á las órdenes del capitán Crozier, pero á todos cupo la misma suerte que á su ilustre Jefe, perecieron de frío y de hambre entre las montañas de hielo. En 1875 el teniente *Schwatka* logró encontrar los vestigios de esos mártires de la ciencia. El cuadro de *Payer* representa justamente ese triste encuentro: los cadáveres, conservados por los hielos, todavía dejaban ver las señales de fatiga y de extenuación de los expedicionarios; el capitán Crozier se distingue en medio de sus otros compañeros y en la lúgubre situación en que se le contempla parece que aun anima á sus malhadados amigos.

Tedfilo Lybaert de Ganto presentó: "Calígula en un día de adoración." Este emperador, no contento con haber hecho cónsul á su caballo, se hizo adorar como un inmortal y tributar homenaje. Calígula, en la pintura de *Lybaert*, aparecía sentado majestuosamente en su trono, rico en preciosidades; la diadema que coronaba su frente altanera hacía recordar sus riquezas y el cetro que con orgullo empuñaba su diestra, la grandeza de su poder. Por el asunto y la fisonomía romana del emperador ese cuadro pertenece á la escuela clásica, pero por el colorido del traje y demás accesorios, más bien parecía pertenecer á la romántica francesa.

Bruno Van Hollebeke, de Bruselas, exhibió un trabajo con el título de "Rubens cerca del lecho de muerte de Juan Brueghel." En este cuadro el eminente pintor flamenco aparece de rodillas, estrechando una mano del moribundo y como en actitud de hacerle una promesa. La pintura de que me ocupó no podía ser más patética. En el agonizante se descubrían la ansiedad y el dolor; en Rubens la conmiseración y el sentimiento. *Hollebeke* se inspiró en la anécdota siguiente: Brueghel agonizante exclamó en un momento de ardor: Yo no temo la muerte ¿pero qué será de mis hijos? y sin decir más deja caer su lánguida cabeza. Rubens, profundamente impresionado se arroja al pie de su lecho y le jura que él será para con ellos un segundo padre, y así aparece en el cuadro, que por el sentimiento y la expresión que contiene es de un mérito excelente. La alcoba misteriosa, el rostro del moribundo escasamente iluminado por los pocos rayos de luz que penetran en la estancia y la agitación de Rubens, son más que suficientes para tributar á *Hollebeke* la debida justicia.

Pero no todo ha de ser tristeza, veamos el cuadro de *Franz Vinck*, de Amberes, que recuerda uno de los episodios más curiosos de la historia particular de Inglaterra, el referente á "Lady Godiva." Godiva, hermana de Thorold, (dice la

crónica de Coventry) había unido su suerte á la de Leofric, duque de Mércia, nombrado en el siglo XI gobernador de Coventry por Eduardo el Confesor. Leofric, como tantos malos gobernantes, oprimió con impuestos y penalidades á sus comandados, quienes, en su ausencia, llegaron á implorar la misericordia de Godiva. De vuelta de una larga y penosa expedición el gobernador fué recibido con júbilo por su esposa. En la efusión de su cariño preguntó á ésta que si deseaba alguna cosa para ella, ofreciéndole por su palabra que tendría lo que á bien tuviera pedir. Lady Godiva le respondió que lo único que ella deseaba era ver libertado su pueblo de los duros impuestos que lo oprimían. Leofric, como era de esperarse, recibió de mal grado la petición, pero habiendo empeñado su palabra respondió: enhorabuena, pero bajo una condición.—¿Cuál?—Que recorrerás desnuda y á caballo todas las calles de la ciudad.—¿Quieres que lo haga?, preguntó con presteza y humildad Godiva.—Sí! fué la respuesta de Leofric.

Godiva lleva á cabo su heroico sacrificio por el pueblo. Es justo decir que Leofric decretó la pena capital para todo el que se atreviera á mirar el sacrificio de su mujer. El día convenido por el gobernador todos los habitantes de Coventry quedaron en sus casas, cerrando puertas y ventanas. La ciudad se encontraba envuelta por un silencio sepulcral. El artista ha sabido resucitar en su cuadro ese supremo momento. Godiva aparece desnuda, montando un caballo más blanco que la espuma de los mares y que en su veloz carrera, á través de las calles desiertas, parece ocultar á la heroína de la vista de los objetos mismos. Godiva, que á pesar del ímpetu de la carrera, el espectador puede contemplar con detenimiento, mira hacia adelante, su rostro está encendido por el rubor y su cabellera de oro cubre en parte sus desnudas y hermosas formas que ella cree sin duda no ser vistas más que por los callados muros y el azul del cielo.

Tal es el cuadro de *Franz Vinck*. Las crónicas cuentan que el sacrificio de la heroína se vió compensado con el mejor éxito y que todos los habitantes de Coventry supieron respetar las prohibiciones de Leofric, á excepcion de un pobre panadero que quiso hacer de Eva y á quien el pueblo hizo pagar su temeraria curiosidad sacándole los ojos. Yo por mi parte pongo punto final á la descripción de la inspirada y arrebatadora pintura de "Lady Godiva" porque temo que alguna bella lectora quisiera lanzar contra mí igual pena.

JOSÉ F. PERALTA.

Diciembre de 1887.

AMALIA Y YO.

(Para "Costa Rica Ilustrada.")

Conozco á Amalia, desde su niñez, cuando sus pensamientos como el revoloteo de los paja-

rillos, vagaban inciertos entre los deberes del colegio y lo desconocido del gran mundo.

¡Que preciosa criatura!

¡Cuanta gracia en la más insignificante de sus expresiones!

¡Cuánto chiste para decir!

¡Qué candor tan envidiable!

Hoy que leo "*Mi vida*" y su ingenua confesión sobre el efecto que le causaron mis palabras al encontrarla convertida en *señorita*, recién salida de las aulas, comprendo que su carácter no ha variado y que continúa siendo la de ayer.

¿Cómo podía imaginar que *mis pericos* como ella los titula, le hubieran de causar el efecto que manifiesta en su brillante artículo?

Cuando hablé con mi protagonista, me hallaba recién llegado de un largo viaje á los Estados Unidos y la impresión que experimenté al reconocer en ella la picaresca *chacalina* de otros tiempos, tan sólo puede traducirse por mis palabras de asombro que tan fielmente reproduce.

¡Y qué mal me juzgó mi cara Amalia!

¡Podía yo de ninguna manera haberme burlado de ella, queriéndola como la quiero, con ese cariño de hermano que hoy me hace el Secretario y confidente de sus más ocultos pensamientos. . . .

¡Que estuvo *cursi*!

Oh! ¡Qué puede haber que más captive, que más impresione el espíritu de un hombre, que aquel carmín que se presenta en las mejillas de una virgen ante una de nuestras miradas, ó el más ligero de nuestros piropos!

Amalia, aquel día, en mi concepto estuvo á la altura de una verdadera señorita; su rubor y la turbación que experimentó el semblante, á la par que el temblor que agitaba su voz, me la representaron como la mujer madre, como la verdadera creación del Ser Supremo, en todo su esplendor, en toda su grandeza. En ella ví, el ideal de mis treinta años, una imagen de mi madre, todo un poema, en fin, la gloria.

¡Por qué no hallo un alma como la tuya Amalia, que me comprenda?

Necesito que al hacerme tus confidencias, me señales alguna de aquellas pudorosas niñas del Colegio de Sión, que abunde en tus mismos sentimientos, que posea un corazón como el tuyo para entregarle el mío y los achaques de mi prematura vejez.

¡Recuerdas que ha poco me preguntabas: *por qué no se casa U?*

Mi silencio te entristeció; creíste ver en él, mi alma con su fe perdida y en degradante mezcla con la materia, entregarse nada más que á los enfiémeros placeres del mundo; juzgaste que mis viajes me habían hecho *joven á la moda*, uno de aquellos jóvenes á quienes reprochas su proceder, pero no Amalia, te engañaste. Mi silencio que entonces interpretaste de ese modo voy á traducirte ahora.

Sabía que para responder á tu pregunta, debía empezar por alabarte; conozco tu carácter,



DON JOSÉ RAMÓN ROJAS TROYO.

Dibajo de Calderón y grabado de Soto.

lo envidia, ya te he dicho, ambiciono alguien que lo tenga igual y mis palabras que acostumbrabas tomar por galanterías, hubieran hecho en tí el efecto que tanto me cautiva, que me hace entrever el cielo y que no quiero siquiera vislumbrar porque la realidad de la tierra me anonada.

Esta es la razón; no vuelvas jamás á interrogarme sobre ese punto. Dime quien es buena, quien anida en el pecho un corazón puro, amante de lo sencillo, de lo noble y santo y me verás caer á sus plantas pidiéndole la ventura de que me llame esposo.

Es verdad que mi semblante no conserva la frescura de la adolescencia, que por mis cabellos empiezan á deslizarse algunas plateadas hebras, pero mi corazón se conserva immaculado y en él hay un vacío que sólo es capaz de llenar el cariño de una mujer.....

En tu ensayo literario, Amalia, revelas grandes dotes; no desmayes, continúa por la misma senda y recórrela por completo; sin que te cause fatiga, camínala nuevamente; sirve de ejemplo á tus buenas amiguitas y toca delicadamente siempre, como lo has hecho ahora, puntos de tan vital importancia.

¿Quien con más derecho puede dar lecciones de moral sinó aquel que la practica?

Todos han leído con agrado, más que esto, con interés "*Mi vida*;" ha sido el objeto de todas las conversaciones en los salones de la buena sociedad y el incógnito que te jura respetar ha dado origen á más grande curiosidad.

Yo te ofrezco Amalia, servirte en cuanto pueda, estar constantemente á tu lado, ser tu más decidido paladín si lo encuentras necesario y hablarte siempre con la franqueza que lo hago cuando visito tu casa.

Sólo exijo de tí, la misma dulzura de siempre y que no olvides mi pedido: una semejante tuya; un ángel de tu coro.

He sido demasiado extenso; te he fatigado con mis necedades de *joven-viejo* y he causado tedio á mis bellas lectoras, que á mi juicio, poco les importa saber si soy ó no joven y tu virtuosa y linda, ó fea y remilgada.....

Guardo como tu el incógnito.

JULIO.

Febrero 24 de 1888.

El huerfanillo de Jerichó.

(Continúa).

Me recordó á la madrugada un ruido extraño parecido al que harían miles de caballos al galope. El ruido se acercaba cada vez más y yo empecé á temblar de pies á cabeza. Por fin pude ver como á distancia de doscientos metros un hormiguero de bultos negruscos que bramaban roncamente y hacían tanta bulla que se estremecían el suelo y los árboles. Mi primer idea fué subir á uno de éstos. Cuando me consideré á una regular altura, miré abajo, y me que-

dé helado de estupor al ver mas de mil animales iguales á los chanchos, pero con dos colmillos cada uno. Eran cariblanco ó zabinos; animales feroces, pero que no pueden alzar la cabeza á más de medio metro de altura. Largo rato desfilaron, mordiéndose unos á los otros, cayendo unos y pasando otros sobre los caídos. Por fin quedé solo, y el sol salió. Como no tenía otro punto de partida para guiarme que el grande astro, me fijé bien en la dirección en que salía.

Continué mi camino buscando el Occidente. Almorzé pacayas que allí abundaban. Al subir una colinita, me llamó la atención un ruido lejano. Como se acentuara y empezara á oír quebrazón de palos y de vez en cuando retumbos como los que hace una maza pesada al caer al suelo, subí ligeramente al primer árbol que se prestaba á esa operación por la clase del tronco. Hacía unos minutos que me había sentado, ó más bien montado en una rama, cuando sentí acercarse los retumbos. Pronto supe lo que los producía. Un cabrito de monte en carrera veloz huía y saltaba, haciendo recovecos. Detrás, á unos treinta metros lo seguía un enorme tigre pintado. Los retumbos que oía eran los saltos que á veces daba la fiera para ganar terreno sobre el cabrito. En uno de ellos cayó en un hoyo ó terrero y perdió un minuto al menos de tiempo, con lo que supuse que no alcanzaría al pobre animalito por quien simpatizaba al pensar que, como yo, era débil y tenía en el tigre, su negro Phelps. Instintivamente comencé á rezar y pedir á Dios por la vida del cabrito. Mas pronto reflexioné que si el tigre se lo comía, tendría menos hambre y en consecuencia, menos interés en perseguirme. Entonces varíé; pero para no contradecirme, rogué á la Virgen que le diera ligereza y velocidad al tigre, de modo que no se le escapara el cabro. Luego pensé que Dios me castigaría aquella mala intención, y convine conmigo mismo en ser neutral entre el tigre y el cabrito. Aquí venía de mis oraciones y pensamientos, cuando asomé el tigre con el cabrito cubierto de sangre y quizá muerto. Lo llevaba entre los dientes y lo sacudía con cólera, lo cual ensangrentaba su propio cuerpo. Este espectáculo me colocó decididamente del lado de la víctima y contra su verdugo. Esperé dos horas que el asesino y el asesinado se alejaran. Bajó y seguí caminando hacia el Occidente. En la tarde se desencadenó un huracán en el bosque. Al principio me gustaba y distraía aquella escena grandiosa; pero conforme arreciaba, empezaron á caer grandes árboles desarraigados por el viento. Yo corría de un palo al otro. Lo que me espantó más, fué un enorme guayabo, que al caer quebró seis ó siete árboles que encontró al paso, y si no me coloco del lado opuesto, las ramas no más, me habrían aplastado. Esto me hizo perder la confianza en todos los abrigos, pues veía que si no me alcanzaba el desarraigado, lo harían los que éste quebraba y rajaba. Varios animales pasaron en aquel trance, pero el peligro ma-

yor me hizo descuidar el menor. Dos dantas marchaban con la cabeza baja en dirección del huracán. Y como en todo lo grave y solemne siempre hay algo ridículo y pequeño, recuerdo que en medio de mi terror me vino un mal de risa causado por los monos llamados Congos, pues había unas docenas de éstos en un grande árbol que fué rajado por otro que el huracán desarraigó. Algunos de los monos quedaron en la parte sana del palo, y la otra cayó en el fondo del bosque. La gritaría de unos y otros era aturdidora. Algunos de los primeros se tiraron tras los que se llevaba la rama despegada. Las monas madres seguían los monitos hijos. Vi una de aquéllas que tomó en sus brazos al chiquillo herido; lo meció y con la boca limpiaba la herida. Un monito cojido del rabo entre dos palos, era jalado por tres grandes monos hasta que lo despegaron. Afortunadamente la tempestad fué de poca duración. No se qué habría sucedido si aquello se prolonga.

Tomé uno de los animalitos aplastados por las ramas, lo pelé con el cuchillo y así entero lo puse á asar en un fogón que encendí con ese objeto y con el de pasar la noche al abrigo de las fieras. La carne es dura pero me pareció maná celeste y despaché la mitad del mono, con la sal que aun llevaba.

Al siguiente día amanecí contento y dispuesto. ¡La libertad! qué dulce es la libertad! aunque esté rodeada de peligros. Iba perdiendo el miedo á Phelps, y el hecho de haber salido ileso hasta allí, me infundía confianza en mi estrella. Pasé dos días sin novedad, comiendo pacayas y algunas raíces. Para tener una idea del lugar en que me hallaba, subí á un alto sauce y recorrí con la vista aquella soledad. Por todas partes bosques y más bosques. Sólo por el Noroeste columbré un parche claro, verde tierno y algunos puntos rojos. Bajé y me dirigí hacia eso que debía ser una hacienda. Pero un río se me atravesó en esa dirección. Seguí aguas abajo y á la vuelta de un gran pedrón me encontré con..... ¡¡un rancho!— Dos hombres sentados frente á la choza asaban plátanos y carne seca, y calentaban agua para el café.

Los dos saltaron sobre mí y avisaron á un tercero que dormía dentro del rancho, con estas palabras: A las armas!.—En un instante estuvieron armados los tres con fusiles, puñales y revólveres. ¿Dónde están los demás, me preguntó uno de ellos; cuántos vienen y por dónde? Yo contesté muy afligido que venía solo; pere ellos no dieron fe á mis palabras y me cogieron y arrastraron dentro de la habitación, donde me taparon la boca con un pañuelo para que no gritara; luego me echaron medio amarrado en el suelo, pusieron un madero en la puerta y apuntaron con sus fusiles por diferentes direcciones sacando los cañones por en medio de los palos que sostenían la choza, á guisa de troneras. Mientras tanto, yo no oísta ni comprendía aquellos preparativos de combate.

Pero pronto supe de lo que se trataba, oyendo la siguiente conversación. "Pamelo, puede ser que sean algunas gentes perdidas en la montaña "....." No importa, Jilguero, al que asoma, títalo; recuerda que nosotros los huleros estamos fuera de la ley, y debemos defendernos, matando á esos *Ticos*." Permanecieron en expectativa más de un cuarto de hora. Por fin se dirigió Pamelo á mí y me preguntó cómo me encontraba allí solo. Yo le conté sollozando, parte de mi historia, y entonces se tranquilizaron y me dijeron: mira, chiquitín, no temas nada de nosotros. Pronto iremos á otra región porque aquí está agotado el hule; pero no te dejaremos salir hasta que estemos lejos y en salvo. Si eres discreto, vivirás con nosotros y después te iremos á dejar cerca de algún lugar habitado. Así lo hicieron. La vida de los huleros nicaragüenses en los cuatro días que con ellos viví, era uniforme. Uno cazaba y cocinaba, y los otros dos se ocupaban en cortar ó cuajar la leche del hule, echando á la maza líquida, cierto extracto de hojas que allí había en abundancia. El hule, de blanco, se convertía al cuajarse en negrusco. Comíamos buena carne de danta, cabrito y pavones; pero sin pan ni galleta por haberse concluido todo.

Los que nunca han pasado una noche en los bosques vírgenes, no conocen la clase de impresiones extrañas que allí se sienten. Ahora que yo no tenía miedo y me sentía protegido por los huleros, pude gozar de lo grandioso de la montaña. La última noche que pasé con ellos había una luna llena que alumbraba los alrededores de nuestra casilla. De mi cama percibía á través de las paredes descubiertas, los diferentes vuelos de las aves nocturnas y oía sus diversos grasnidos ó cantos. Hay ruidos misteriosos en la soledad poblada de misteriosos habitantes. Tras el quejido de un animal cojido por su natural enemigo, se oye el canto dulce y triste del pajarillo nocturno; y el caer de las hojas y ramas y el arrastrar de la serpiente..... En medio de esa armonía y concierto de las fieras que luchan por la vida, un sueño delicioso se apoderó de mí y me dormí.

Á las cinco de la mañana abandonamos, aquella para mí, risueña y tranquila morada, y tomamos el camino que Pamelo indicó. Pregunté qué lugar era el que yo había columbrado como á una legua de nosotros, y, casi caigo del susto al oír que los puntos rojos eran..... ¡¡Nueva Corinto.....! Con que, en tres días no me había alejado una legua de mi negro.— En efecto; parece que no hice otra cosa que rodar y caminar en círculo, en vez de alejarme, como yo pensaba. Los huleros me aseguraron que me dejarían cerca de la carretera entre Carrillo y San José.

Los huleros cumplieron su promesa. Al segundo día de camino, me mostraron un parche claro, y me dijeron que aquello era la Laguna; que siguiera caminando en línea recta y encontraría la casa nacional de la misma.

Marché toda la mañana. A las tres de la tarde salí á la carretera y seguí á paso acelerado. Al concluir la ascensión, encontré un hotel llamado de Morrell; pero que en realidad lo administraba un tal Nicolás Guerrero. Supliqué al que vendía en la cantina que me permitiera dormir bajo el techo de la casa, y se me contestó, que no conociéndome, durmiera si quería en la caballeriza. No por eso pasé peor noche, pues aunque había mucho frío, el tabanco que me ofrecieron me ponía á cubierto de la lluvia.

El frío me recordó temprano y continué mi camino. En la noche llegué á San José.— ¡¡Que espléndido pueblo me pareció la capital, después de vivir como un salvaje.

Busqué un establecimiento cualquiera donde ganar mi subsistencia y recorrí toda la ciudad. A las nueve de la noche entré en una tienda de provisiones llamada la *Mascota*.— Me ofrecí á todos los que allí entraban, como sirviente. Todos me miraban con desconfianza y no me hacían caso.

(Continuará).

San José, febrero 1888.

SINUO.

LAS BODAS.

Dos sillones sirviéndoles de altares,
 Los dos niños cojidos de la mano,
 de blanco y coronada de azahares
 se va á casar Margot con Juan su hermano.

Por infantil y extraña anomalía
 que no sé si á los teólogos asombre,
 en cura de almas se cambió María
 y oficia el acto convertida en hombre.

Es graciosa la novia; su vestido
 entiéndase mejor, el nupcial traje,
 es un chal de burato desteñido
 cuyos rasgones suplen el encaje.

Las flores que le adornan en la frente,
 más que corona semejando venda,
 han crecido en los bordes de la fuente
 que tiene el jardincillo de la hacienda.

El traje del galán no tiene pero,
 es un frac de papel por mí cortado;
 usa en la ceremonia mi sombrero,
 bastón de borla y pañolón bordado.

Ni curiosos ni amigos imprudentes
 asisten á la boda de que os hablo,
 no hay suegros, ni padrinos, ni parientes,
 ni la epístola citan de San Pablo.

Con suma sencillez el Cura dice:
 "Tú serás el marido y tú la esposa,"
 los junta, los contempla, los bendice,
 y concluye la fiesta religiosa.

Después cediendo al poderoso lazo,
 con el grave ademán de los señores,
 la dama y el galán que le da el brazo
 se alejan por los anchos corredores.

—Oigan, les grita el cura femenino,
 que no vuelva á mirarlos enojados.
 Y ellos dicen siguiendo su camino
 ¿enojarnos? ¡ya no! ¡somos casados!

Espectador que al verle se enajena
 era yo aquella vez, y me entrometo
 y pregunto á los héroes de esta escena
 sin miedo á que me falten al respeto.

—Ya ví lo que habeis hecho, y necesito
 que aquí sin engañarme ni engañarse,
 me digan, tú Margot; ó tú Juanito,
 lo que habeis entendido por casarse.

Y en seguida el varón contesta ufano
 sin temor á un regaño ni á una riña:
 —Casarse ¿no lo ves? es dar la mano
 cada vez que se quiere á alguna niña.

Nunca enfadarse ni reñir por nada,
 sentarse juntos y jugar contentos,
 ir á correr los dos por la calzada
 y contarse en la noche muchos cuentos.

—Y es la primera vez que te has casado?
 y me responde Juan con ironía:
 —No, papá; van tres veces, y he pensado
 en casarme esta tarde con María!

Al oír esta frase sentenciosa
 de la boca infantil de aquel marido,
 quedéme enfrente de la humana prosa
 en hondas reflexiones sumergido.

El pecado, pensé, vive en lo impuro
 de una alma enferma, desgarrada ó seca,
 por qué peca el polígamo maduro?
 por qué el niño polígamo no peca?

JUAN DE DIOS PEZA

Mi sobrina Juanita.

Juanita Cucufate, á pesar del parentesco
 con su tío, es una linda muchacha, alegre y ha-
 cendosa; pero sin hacienda. En vez de rique-
 zas que son perecederas por su naturaleza, mi

jovial sobrina tiene un capital que llevará como dote: la coquetería, si señor; ese es el capital de Juanita, y aunque no está inscrito en el Registro de la Propiedad, lo está en el corazón y en todo el cuerpo de la rica heredera de que me ocupo.

¿De dónde le vino ese caudal tan útil como indestructible? ¿Dónde aprendió mi dichosa pariente ese teje y maneje que atrae, domina y enloquece á los hombres? ¿Hay alguna universidad en este planeta ó en los otros, que confiera el grado y dé la licenciatura en coquetería? No, lector de mi vida. Se nace poeta y se aprende á hacer versos. Se nace valiente y arojado y se aprende á parecerlo, aunque el aspirante sea cobarde y medroso.

Nacen personas ya consumadas en economía política, y otras pasan la vida leyendo para ser económicas de su haber y derrochadoras de los bienes públicos. Finalmente, nace músico sublime Hayden, y otros mueren músicos; pero sin haberse apercibido de la diferencia que hay entre el ruido y la melodía.

La coquetería es, pues, una idea innata, negada por algunos filósofos, pero á quienes mi sobrina confunde con sólo decir como Descartes: "Soy; nadie me ha enseñado, luego nací coqueta."

Un amigo mío que pretende tener ideas fijas y preconcebidas sobre todas las materias, opina que la coquetería es un defecto. Esto lo deduce del siguiente silogismo: "Soy terco; á eso debo el respeto que me rodea. La terquedad es lo contrario de la coquetería: luego si aquella es una virtud, esta es un vicio." Á eso contesta Juanita con otro *mujerlogismo*. "Si la coquetería es agradable y útil, y la terquedad es el polo opuesto de aquella, las personas tercas son inútiles y desagradables." Caen el telón, ó, como dicen los franceses: *!!tableau!!*

Como se ve, la cuestión es árdua y digna de estudiarse, como el idioma latino y la cuadratura del círculo; pero que no está al alcance de mi pluma de Falcón.

¿Qué es la coquetería en resumidas cuentas? Así como no hay materia sin fuerza, ni fuerza sin materia, digo que no hay mujer sin coquetería, ni coquetería sin mujer. Mas, así como hay fuerzas naturales y artificiales, las coquetas lo son por el arte ó por naturaleza. Los artistas, unos lo son verdaderamente y otros más que artistas son más bien artesanos. Las coquetas innatas ó de natura como Juanita, todo lo pueden; las del arte, unas son Rafaeles y Miguel Angeles y la mayoría son artesanos, como dijéramos emborrionadoras de paredes y de muebles de tiendas y pulperías.

¿Veis á esa dama cuyos ojos móviles miran á un mismo tiempo delante de sí, detrás y á los costados? Su modo de andar tiene algo de aprendido y ensayado. Sus saludos con la cabeza son zurdos y desgraciados, y su sonrisa es una mueca premeditada. Ahí tenéis una artesana del coquetismo.

Considera la compañera, aquella joven tan sencilla al parecer, que no mira á nadie y cuyo paso se asemeja el nadar tranquilo del cisne. Fíjate en la elegancia de sus movimientos y en la corrección de sus modales. Esa es una verdadera coqueta artista, juris et de jure.

Con ella misma y á su lado marcha otra beldad risueña y distraída que escucha á su interlocutor con un oído, y con otro sigue atentamente la conversación de sus vecinos, deshojando una lindísima rosa cuyos restos arroja descuidadamente á un señor Subsecretario de algún Ministerio de Estado. Pues á pesar de eso y de otros muchos pesares que omito, esta es una coqueta de derecho divino, ó sea, de nacimiento; innata... piensa, luego existe. Vive, atrae, agrada, en una palabra: coqueta por instinto, como vuela el pájaro y nada el pez, sin tener la conciencia de lo que hace.

Así, pues, cuando Dios dijo: hágase la coquetería sana y natural, la coquetería que embeleza á los discretos, enloquece á los tontos y calma á los furiosos, apareció Juanita.

Por lo que hace á formas exteriores y apariencia material, diré lo que ella no tiene, para que se sepa lo que le queda. Mi sobrina no es gorda ni flaca, encendida ni pálida, morena ni rubia. Juanita no es roma de nariz ni narigona; no tiene la boca, los pies y las manos grandes ni pequeñas; lo cual quiere decir que mi sobrina no tiene nada particular en lo físico.

Es una muchacha como todas. Sin el tesoro de coquetería de que he hablado, Juanita sería una mujer vulgar y adocenada; pero cubierta con tan graciosa vestidura, la vulgaridad desaparece; y de las facciones, y de cada movimiento de la joven, emanan é irradian gracia y simpatía.

Confirmo en consecuencia de lo dicho, mi primera indicación, de que Juanita es bastante rica con su sola coquetería, y á su marido le llevará como dote una perpetua seducción y un antídoto contra el fastidio y la tristeza.

Mi sobrina, á pesar de todo, no es feliz ni con mucho.

Débase esa sin razón á aquello de que todo ser tiene cerca de sí alguno que vive de su desgracia; que se alimenta con el mal que hace ó produce, y se desaltera con las lágrimas y el dolor de su víctima.

Esa yena humana (inhumana quise decir) se encarnó en una tía de mi sobrina.

Figuraos que esta tía de mi sobrina no es pariente ni cosa que se le parezca, pues Juanita es Cucufate por su padre y Verdinegro por su madre. Hago esta advertencia para que sea notorio que los Verdinegros no me tocan por la sangre, aunque sí... por la ley, que es un tocamiento fingido.

Y como la tal tía es de por sí tan amarga y antipática, justo es rechazar todo lazo que me enlace con su señoría, la mentada tía de mi sobrina.

Gorda, gruesa, retinta y desaliñada, doña

Envidiana Verdinegro es una masa de carne y hueso devorada por la envidia.

Es el caso que doña Envidiana tiene una hija tan fea como antipática, repugnante y de índole maligna. Y sin que nadie tenga la culpa de que ella posea es efénomeno, es lo cierto que la ha dado por odiar, y en lo posible por calumniar y mortificar á toda muchacha bonita, porque su hija es fea; á toda joven graciosa y recatada, porque su hija no tiene ni gracia ni recato. Esta guerra á muerte á la hermosura y á la elegancia de los demás, da á doña Envidiana ocupación continua y rabia permanente.

Es mi sobrina visitada y atendida? Cólera de doña Envidiana, porque su hija no lo es; Juanita se pone un traje tallado á la perfección, y que hace realzar las elegantes formas de su cuerpo fresco y sano; la tía Cocodrilo amontona las comadres del barrio, lamentando el lujo y ridiculizando el vestido de la pobre sobrina, por cuanto la hija de doña Envidiana es enfermiza y á su joco cuerpo no le va ninguna moda. Todo esto en un tono plañidero, compadeciendo á la niña que nunca encontrará, según ella, un novio pasable.

Como se ve, Juanita es el sufre dolores de la tía Cocodrilo; y esta pasa la vida honradamente inventando cuentos con que mortificar á la sobrina. Más, como apesar de esto, Juanita es cada día más rodeada, querida y admirada, es de temerse que la tía Envidiana reviente el día menos pensado, ó se hidrofobie y muera consumida y lacerada por una irremediable envidia, lo cual obligará á mi infeliz sobrinita á un riguroso luto de seis meses, cumpliéndose así el deseo cocodrilico de la tía Envidiana de fastidiar á Juanita antes de su muerte, en su muerte y después de su muerte.

Pasajero: Cuando contempléis la tumba de la tía de mi sobrina, derramad una lágrima de ácido fénico, no sea que sus restos se infiltren el microbio de la envidia.

Lectora, si eres bonita ó graciosa; si Dios te formó para el amor y la amistad; huye de la tía Cocodrilo y procura no encontrarla en tu camino, porque tendrás la suerte de mi sobrina Juanita.

Febrero de 1888.

SIMPLICIO CUCUFATE.

CRONICA.

NO TENEMOS mucho material para la presente crónica, porque los acontecimientos han estado escasos en la quincena que acaba de pasar. Nos concretaremos, pues,

á decir en pocas palabras lo que á nuestro juicio sea de más importancia.

Parece que nuestro número anterior ha sido objeto de muchas conversaciones y conjeturas en toda nuestra sociedad con motivo del artículo titulado "MI VIDA", cuya autora hasta hoy permanece en el misterio.

Lo cierto es que á tres ó cuatro de nuestras señoritas se les atribuye dicho artículo, y aun se ha llegado á creer que es alguno de los jóvenes de esta capital quien lo ha escrito.

Nosotros hacemos lo posible por dar con la inteligente incógnita, y lo conseguiremos tarde ó temprano.

Hemos recibido otro precioso artículo de Amalia, el cual tenemos el gusto de presentar hoy á las lectoras y lectores, esperando que también será objeto de agradables conversaciones.

Un joven entusiasta por todo aquello que tienda al adelanto y progreso de nuestro país, más aun cuando se trata del desarrollo intelectual y moral de la mujer, ha tenido la amabilidad de favorecernos con un bonito artículo, contestación al otro de que nos hemos ocupado al principio de esta crónica.

Damos las más cumplidas gracias, tanto á Amalia como á Julio, y les suplicamos encarecidamente continúen enviándonos sus composiciones.

* * *

EL SEÑOR Presidente de la República se encuentra actualmente en Puntarenas en unión de su apreciable familia, el señor Ministro de Gobernación y don José Antonio Soto.

Les deseamos muchas felicidades.

* * *

Nos es muy grato engalanar hoy nuestra Revista con el retrato de don JOSÉ RAMÓN ROJAS TROYO, el hombre que supo captarse las simpatías de todas las personas, por su laboriosidad, y más que todo por su magnánimo corazón. El retrato lo hemos tomado de una fotografía que se hizo en Europa cuando él estaba todavía joven.— Hemos procurado hacerlo aparecer con la edad que él tenía cuando la muerte lo hizo descender á la tumba.

Los rasgos biográficos de este notable

costarricense, los tomamos de "La Enseñanza", periódico que redacta en Cartago el señor Doctor don Juan F. Ferraz.

*
**

POR INDICACIÓN de varias personas respetables, el infatigable autor de las novelitas que desde hace algún tiempo estamos publicando, ha dispuesto escribir una novela extensa, con el noble objeto de dar á conocer nuestras costumbres. Así es que pronto empezaremos á publicar la nueva producción del ingenioso Sirio.

*
**

EN EL Museo Nacional hemos tenido el gusto de ver una carta en la cual el Profesor Roberto Ridgway, Jefe del Departamento Ornitológico del Instituto Smithsonian, dirigiéndose al Secretario de nuestro Museo, le dice lo siguiente:—"Teniendo necesidad de reducir nuestras colecciones de exhibición permanente, podemos disponer de un gran número de pájaros duplicados, muchos de los cuales pertenecen á especies muy interesantes y están montados con perfección; nosotros tendríamos gran placer en obsequiarlos al Museo Nacional de Costa Rica. En el caso de que ellos sean aceptados, sírvase manifestarme hasta qué número y qué especies podrían recibir, porque ahora voy á ocuparme en esta separación y desearía desde luego apartar y empacar de una vez los que hemos de reservar para ese Museo."

Indudablemente nuestro Museo Nacional va á tener ahora un gran aliciente para el público, pues las colecciones de animales, cuando éstos están bien montados, suplen perfectamente á los ejemplares vivos para el objeto de impresión en la curiosidad del pueblo.

Al manifestar nuestra gratitud hacia el Profesor Ridgway por ese generoso ofrecimiento, lo hacemos en nombre de Costa Rica, por quien él se toma tanto interés y la cual ha disfrutado ya en varias ocasiones de los beneficios de la Institución Smithsonian, cuyo objeto único es "aumentar y difundir las luces entre los hombres", sin que para llevar á cabo su programa, reconozca divisiones sociales en el Globo.

*
**

EN ESTOS últimos días han dejado de

existir dos jóvenes de esta capital: don Juan Giralt y don Miguel Millet; el primero en Puntarenas y el segundo en el Monte del Aguacate.

Deseamos resignación para ambas familias y las acompañamos en su justo dolor.

*
**

POR FALTA de espacio no publicamos algunos trabajos que se nos han enviado.— Pedimos perdón á sus autores y les prometemos satisfacer sus deseos en el próximo número.

CLO CLO.

ANUNCIOS.

// Acudid señores, Acudid!!

La última novedad del siglo.

Relojes de plata y de oro de los gustos más variados y modernos, para señoras y caballeros. Aderezos preciosos de todas clases. Aretes, anillos de brillantes y otras piedras preciosas.—Prendedores para corbatas. Pulseras, relicarios, leontinas de oro y de plata.—Dijes para leontinas. Relojes de pared y la gran novedad en relojes de níquel, americanos, al insignificante precio de \$10-00.

Se compone toda clase de relojes, garantizando el trabajo á satisfacción de los interesados.—A última hora he recibido un variado surtido de espejuelos.

ADOLFO SÁENZ.

Calle del Comercio, nº 8, frente á la casa del Lic. don Bruno Carranza.

8 v. 1

Fernando Alemán-José I. Sotomayor.

Alemán & Sotomayor

Agentes y comisionistas. Coleccionistas de estampillas. Agentes de "Costa Rica Ilustrada."

Masaya.—Nicaragua, C. A.

8. v.5.

A VISO.

La persona que haya perdido una llave de puerta con llavero, puede presentarse á la Redacción de este periódico, que se le entregará.

ROPA HECHA

PARA

Niños, Jóvenes y Hombres,

acaba de recibir y vende á precios muy bajos la casa de

F. GOICOECHEA & Co

como también:—escopetas, revólveres, muebles de todas clases, entre ellos: mesas, consolas, perchas, esquineras, paragueros, sillas, sofás, mecedoras, butacas, etc., y juegos de muebles de resortes adornados con terciopelo.

Nueva remesa de máquinas de coser.

San José, diciembre 1º de 1887.

BARBERIA Y RELOJERIA

"Los tres hermanos"

Este establecimiento acaba de surtirse con nuevos artículos como:

Sombreros de pita desde \$ 2-00 hasta \$ 30-00.—Polvos Opoponax—Veloutina—Rosados—Gran variedad de marcos para retratos—Navajas de barba—Tijeras para uso de barberia—Motas para polvos—Corbatas finas, de todos colores—Polvoreras—Villetteras—Javoneras—Brochas para barba—Jabón especial para afeitarse—Leontinas—Tónico, Tricófero, Agua Florida, Kananga, Divina—Cepillos para ropa, cabeza, dientes y uñas—Agua de Portugal, Quina—Aceite de Opoponax—Quina Oriza de Rosa—Esencia de Opoponax—Brisas de las Pampas—Brisas del Monte—Teodora, ilang ilang—Violeta—Januaria—Aceite de ilang ilang, de Opoponax—Agua Bay Rum—Pomadas de Rosa y Violeta.

LA EXPOSICION NORTE-AMERICANA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

Consagrado al fomento del comercio entre Norte América y los mercados extranjeros.

PUBLICACIÓN MENSUAL.

SUSCRICIÓN AL AÑO \$ 4 ORO AMERICANO.

En sus columnas se registran, no sólo Revistas de lo ocurrido en ambos mundos, sino también artículos sobre las Ciencias y las Bellas Artes.

Sus grabados son del mejor gusto y sus historietas de lo más interesante. Los anuncios que inserta son de las mejores fábricas.

Los últimos números estarán siempre á la disposición de aquellos que gusten examinarlos.

ECHAVEVERRÍA & CASTRO,
Agentes.

I. LEVKOWICZ & HIJO.

Acaban de recibir un surtido muy completo de mercaderías, y están próximos á llegar variedad de otros artículos.

Tendrán mucho gusto en exhibir sus mercaderías á las personas que les hagan el honor de visitarlos, y creen que dejarán complacidos á sus favorecedores.

San José, diciembre 8 de 1887.

¡LA CABAÑA!

ACABA DE RECIBIR

y ofrece en venta

A precios sin competencia, cervezas SAN LUIS y ESTRELLA, y otras varias.

Vinos legítimos añejos de multitud de clases. Jamones cocidos preservados en latas. Jamones ahumados y salados.

San José, diciembre 8 de 1887.

Tipografía Nacional.